

HUIDA HACIA LA INMORTALIDAD

EL DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACÍFICO

25 DE SEPTIEMBRE DE 1513

APAREJAN UN BARCO

1493. En su viaje de regreso desde la América recién descubierta, Colón muestra durante su entrada triunfal por las atestadas calles de Sevilla y Barcelona infinidad de objetos de lujo y curiosidades. Hombres de piel roja, de una raza desconocida hasta entonces; animales nunca vistos; papagayos multicolores, que gritan; los torpes tapires; plantas y frutas raras, que pronto encontrarían su patria en Europa: el grano de la India, el tabaco y la nuez de coco. Todo ello es admirado por una multitud curiosa que grita de júbilo, pero lo que más emoción causa a la pareja real y a sus consejeros es un par de cajitas y unos cestillos con oro. No es mucho el oro que Colón trae de las Nuevas Indias, un par de objetos de adorno que ha intercambiado o arrebatado a los indígenas; un par de pequeñas barras y algunos puñados de pepitas sueltas. Polvo de oro, más que oro. Todo el botín serviría a lo sumo para acuñar unos doscientos ducados. Pero el genial Colón, que, fanático, siempre ha creído en aquello que él quería creer y que, con su navegación a la India, ha demostrado que estaba en lo cierto, fanfarronea con sincero entusiasmo diciendo que se trata sólo de una insignificante primera muestra. Ha recibido noticias de buena fuente según las cuales en esas nuevas islas hay enormes minas de oro. Allí, el preciado metal se encuentra a poca profundidad, bajo una delgada capa de tierra. Con una pala normal y corriente se podría extraer sin dificultad. Pero más al sur hay regiones en las que los reyes beben en recipientes de

oro y en los que ese metal vale menos que el plomo en España. Extasiado, el rey, siempre necesitado de dinero, oye hablar de ese nuevo Ofir que le pertenece. Aún no se conoce lo suficiente la noble locura de Colón como para dudar de sus promesas. En seguida aparejan una gran flota para el segundo viaje. Y ya no hacen falta reclutadores ni tamborileros para enrolar una tripulación. La noticia sobre el recién descubierto Ofir, donde el oro se puede recoger simplemente con la mano, hace enloquecer a toda España. A cientos, a miles acuden las gentes para partir hacia El Dorado, hacia el país del oro.

Pero, qué marea más turbia ésa que ahora afluye de todas las ciudades, aldeas y caseríos. No sólo se presentan nobles honrados que quieren cubrir con oro de arriba abajo sus escudos de armas, no sólo osados aventureros y soldados valientes. Toda la mugre y la escoria de España mana hacia Palos y Cádiz. Ladrones marcados a fuego, salteadores de caminos y bandoleros, que en el país del oro buscan dedicarse a un oficio más lucrativo. Hombres cargados de deudas que quieren escapar de sus acreedores. Maridos que quieren huir de sus pendencieras esposas. Todos los desesperados, los náufragos de la vida. Hombres marcados con un hierro candente o buscados por los alguaciles se presentan para formar parte de la flota. Una fanática y abigarrada banda de fracasados decididos a hacerse ricos de repente y que, para ello, están dispuestos a cometer cualquier acto de violencia y cualquier delito. Tal es el desenfreno con el que se han convencido unos a otros de la fantasía de Colón de que en esos países basta golpear la tierra con la pala para que los dorados terrones brillen ante uno, que los más acomodados entre los emigrantes toman sirvientes y mulas para poder llevarse en seguida y en grandes cantidades el preciado metal. El que no logra que se le admita en la expedición, lo consi-

gue por la fuerza recurriendo a otra vía. Sin insistir demasiado a la hora de solicitar el permiso del rey, los rudos aventureros equipan barcos por su cuenta para llegar cuanto antes y acaparar oro, oro, oro. De una sola vez España se libra de alborotadores y de la gentuza más peligrosa.

El gobernador de La Española—después Santo Domingo o Haití—ve con horror a esos huéspedes que, sin que los hayan llamado, inundan la isla que le ha sido confiada. Año tras año, los barcos traen carga nueva y compañeros de oficio más revoltosos. Pero también los forasteros se sienten amargamente defraudados, pues en modo alguno se encuentra aquí el oro suelto en las calles; y a los infelices indígenas, sobre los que se abalanzan esas bestias, no se les puede arrebatar ni una sola pepita más. De modo que esas hordas vagan y holgazanean robando por ahí, atemorizando a los desdichados indios, atemorizando al gobernador. En vano intenta éste convertirlos en colonos, concediéndoles tierras, repartiéndoles ganado, e incluso ganado humano en abundancia, es decir, entregándoles como esclavos alrededor de sesenta o setenta indígenas a cada uno. Pero tanto los hidalgos de noble cuna como los que fueran salteadores de caminos no tienen mucho interés en dedicarse a la granja. No han venido hasta aquí para construir graneros y cuidar del ganado. En lugar de ocuparse de la siembra y de la cosecha, martirizan a los desdichados indios—en pocos años habrán esquilado a toda la población—o acaban encerrados en los calabozos. En poco tiempo la mayoría están hasta tal punto endeudados que, además de sus haciendas, tienen que vender su capa, su sombrero y hasta la última camisa, empeñados hasta el cuello por usureros y comerciantes.

Por ello, para todos estos fracasados que se encuentran en La Española resulta esperanzador que un hombre

de buena reputación en la isla, experto en leyes, el bachiller Martín Fernández de Enciso, prepare en 1510 un barco con una nueva tripulación para prestar ayuda a su colonia en Tierra Firme. En 1509 dos famosos aventureros, Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, recibieron del rey Fernando el privilegio de fundar una colonia en las proximidades del estrecho de Panamá y de la costa de Venezuela, que con cierta precipitación llamaron Castilla del Oro. Extasiado con el sonoro nombre y trastornado por los embustes, el leguleyo, sin saber nada del mundo, empuñó toda su fortuna en esa empresa. Pero de la colonia de San Sebastián en el golfo de Urabá no llega oro, sino únicamente un agudo grito de socorro. La mitad de la tripulación ha sido aniquilada en las luchas con los indígenas y la otra mitad se muere de hambre. Para recuperar el dinero invertido, Enciso arriesga el resto de su fortuna y prepara una expedición de socorro. En cuanto se enteran de que Enciso necesita soldados, todos esos bandidos, todos los gandules de La Española aprovechan la ocasión para largarse de allí. ¡Tienen que irse, escapar de los acreedores, de la vigilancia del estricto gobernador! Pero también los acreedores están sobre aviso. Se dan cuenta de que sus mayores deudores pretenden evadirse para siempre, así que asedian al gobernador para que no deje partir a nadie sin un permiso especial. El gobernador consiente a sus deseos. Y se establece un estrecho control. El barco de Enciso tiene que permanecer fuera del puerto. Las barcas del gobierno patrullan e impiden que ningún intruso se introduzca a bordo de contrabando. Y con desmedido encono, los desesperados, que temen menos a la muerte que al verdadero trabajo o la cárcel por deudas, ven cómo el barco de Enciso pone rumbo a la aventura con las velas desplegadas y sin ellos.

Con todas las velas desplegadas, el barco de Enciso se dirige desde La Española al continente americano. Los contornos de la isla ya se hunden en el horizonte azul. Es una ruta tranquila y de momento no hay nada que señalar, en todo caso tan sólo que un imponente sabueso de extraordinaria fuerza—es hijo del célebre Becerico y él mismo se ha hecho famoso bajo el nombre de Leoncico—corre intranquilo de una punta a otra de la cubierta, husmeando por todas partes. Nadie sabe de quién es el formidable animal, ni cómo ha llegado a bordo. Al final caen en la cuenta de que al perro no hay quien le aparte de un cajón de víveres especialmente grande que fue subido a bordo el último día. Pero he aquí que, en ese momento y sin que nadie lo espere, el cajón se abre por sí solo y de él sale, bien pertrechado con espada, casco y escudo, como Santiago, el santo de Castilla, un hombre de unos treinta y cinco años. Es Vasco Núñez de Balboa, que de ese modo da la primera prueba de su sorprendente audacia y de su ingenio. Nacido de una familia noble en Jerez de los Caballeros, se hizo a la mar con Rodrigo de Bastidas rumbo al Nuevo Mundo y al final, tras dar algunos rodeos, naufragó frente a La Española. En vano ha intentado el gobernador convertir a Núñez de Balboa en un buen colonno. Tras unos pocos meses ha abandonado la tierra que le concedieran y se encuentra hasta tal punto en la bancarrota que no sabe cómo librarse de sus acreedores. Pero mientras desde la playa los demás morosos observan con los puños cerrados las barcas del gobierno que les impiden huir en el barco de Enciso, Núñez de Balboa sortea con arrojo el cordón de seguridad dispuesto por Diego Colón, ocultándose en el interior de un cajón de víveres vacío y haciéndolo llevar por sus cómplices a bordo, don-

de en medio del tumulto de la partida nadie se da cuenta de la descarada astucia. Sólo cuando está seguro de que el barco se ha alejado tanto de la costa que no regresará por su causa, el escondido pasajero hace su aparición. Y ahí está ahora.

El bachiller Enciso es un hombre de leyes y, como la mayoría de los leguleyos, siente poca inclinación al romanticismo. Como alcalde, como jefe de policía de la nueva colonia, no está dispuesto a permitir allí a los clientes que se marchan sin pagar ni a los fracasados. Por eso le explica a Núñez de Balboa con brusquedad que no piensa llevarlo consigo, sino que le depositará en la playa en la primera isla que avisten, lo mismo si está habitada que si no lo está.

Pero no llega tan lejos, pues mientras el barco pone rumbo a Castilla del Oro se encuentra—algo prodigioso en aquella época, en la que por aquellos mares aún desconocidos navegaban en total un par de docenas de barcos—con otro buque en el que viaja una tripulación muy numerosa, bajo el mando de un español cuyo nombre pronto resonará por el mundo, Francisco Pizarro. Sus ocupantes vienen de la colonia de Enciso, de San Sebastián. Al principio los toman por amotinados que han abandonado sus puestos recurriendo a la fuerza. Pero para espanto de Enciso les informan de que San Sebastián ya no existe, que ellos son los últimos de la antigua colonia, que el comandante Ojeda se ha marchado de allí con un barco, que los restantes, que sólo poseían dos bergantines, tuvieron que esperar a que murieran unas setenta personas para poder encontrar plaza en esos dos pequeños barcos. De esos dos bergantines, a su vez, uno se ha ido a pique. Los treinta y cuatro hombres de Pizarro son los últimos supervivientes de Castilla del Oro. ¿Adónde ir ahora? La gente de Enciso, tras escuchar las historias de

Pizarro, tiene pocas ganas de exponerse al terrible clima pantanoso del asentamiento abandonado y a las flechas envenenadas de los indígenas. Regresar a La Española les parece la única posibilidad. En ese peligroso instante Núñez de Balboa de pronto se adelanta. Conoce de su primer viaje con Rodrigo de Bastidas, declara, toda la costa de América central y recuerda que a la orilla de un río rico en oro encontraron entonces un lugar llamado Darién, donde los indígenas eran amables. Allí, y no en ese otro paraíso de desgracia, es donde tienen que fundar una nueva población.

En seguida toda la tripulación se pone de parte de Núñez de Balboa. Siguiendo su consejo, ponen rumbo a Darién en el istmo de Panamá, causando allí la habitual carnicería entre los indígenas. Y, como entre los bienes que les arrebatan también encuentran oro, deciden levantar allí mismo un asentamiento, dando a la nueva ciudad—en un piadoso gesto de gratitud—el nombre de Santa María de la Antigua del Darién.

ASCENSO PELIGROSO

Pronto el desdichado financiero de la colonia, el bachiller Enciso, lamentará enormemente no haber tirado a tiempo por la borda el cajón con Núñez de Balboa dentro, pues a las pocas semanas ese hombre temerario tiene todo el poder en sus manos. Como leguleyo criado en la idea de la disciplina y el orden, en su calidad de alcalde mayor, Enciso, durante el periodo en el que no se encuentra un gobernador, intenta administrar la colonia en beneficio de la Corona española. En una miserable cabaña india promulga sus edictos con el mismo esmero y rigor que si estuviera en su despacho de Sevilla. En medio de esa selva

nunca pisada por el hombre, prohíbe a los soldados adquirir oro de los indígenas regateando, porque es una reserva de la Corona. Intenta imponer orden y justicia a esa turbamulta insubordinada, pero por instinto los aventureros se ponen de parte del hombre de armas y se sublevan contra el hombre de letras. Pronto es Balboa el verdadero amo de la colonia. Enciso, para salvar la vida, se ve en la necesidad de huir. Y cuando al fin llega Nicuesa, uno de los gobernadores nombrados por el rey en Tierra Firme para poner orden, Balboa no le deja siquiera desembarcar, y el infeliz, expulsado de la tierra que el rey le ha concedido, se ahoga en el viaje de vuelta.

Núñez de Balboa, el hombre salido de un cajón, es entonces el dueño de la colonia. Pero a pesar de su éxito no se encuentra a sus anchas, pues ha incurrido en rebelión abierta contra el rey y no le cabe esperar el perdón desde el momento en que el gobernador nombrado por el rey ha encontrado la muerte por su culpa. Sabe que el fugado Enciso está en camino hacia España con su acusación y que tarde o temprano su rebelión tendrá que ser llevada ante los tribunales. Pero, de todos modos, España está lejos y a él, hasta que un barco haya cruzado dos veces el océano, le queda bastante tiempo. Tan inteligente como arrojado, busca el único medio de asegurarse, durante el mayor tiempo posible, el poder que ha usurpado. Sabe que en esa época el éxito justifica cualquier delito y que una fuerte remesa de oro enviada a las arcas de la Corona puede aplacar o demorar cualquier enjuiciamiento criminal. De modo que lo primero es conseguir oro, puesto que el oro es el poder. Junto con Francisco Pizarro, sojuzga y desvalija a los indígenas de las proximidades, y en medio de las carnicerías de costumbre consigue un éxito decisivo. Uno de los caciques, llamado Careta, sobre el que ha caído a traición y violando del modo más grosero la hos-

pitalidad, le aconseja, ya predestinado a morir, que, en lugar de convertir a los indios en sus enemigos, sería mejor que cerrara un pacto con su tribu, y como garantía de fidelidad le ofrece a su hija. Núñez de Balboa enseguida se da cuenta de la importancia de tener un amigo poderoso y de confianza entre los indígenas. Acepta la oferta de Careta y, lo que es aún más asombroso, hasta el final de su vida mantiene con esa muchacha india una relación de lo más cariñosa. Junto con el cacique Careta somete a todos los indios de las inmediaciones y adquiere tal autoridad entre ellos que al final el jefe más poderoso, llamado Comagre, obsequioso, le invita a comer con él.

Esa visita al poderoso jefe supone una decisión histórica en la vida de Vasco Núñez de Balboa, que hasta ahora no ha sido más que un aventurero, un audaz rebelde frente a la Corona, al que por parte de los tribunales de Castilla no le cabía esperar más que la horca o el hacha. El cacique Comagre le recibe en su amplia casa de piedra, cuya riqueza provoca en Vasco Núñez el mayor asombro, y espontáneamente regala a su huésped cuatro mil onzas de oro. Pero ahora le toca asombrarse al cacique, pues en cuanto los hijos del cielo, los poderosos extranjeros, iguales a dioses, a los que ha recibido con tanta reverencia, han visto el oro, adiós a su dignidad. Como perros que se hubieran librado de sus cadenas se arrojan unos contra otros, sacan las espadas, cierran los puños, se gritan, vociferan entre ellos. Cada uno quiere su parte del oro. Asombrado y lleno de desprecio, el cacique contempla el alboroto. Es el sempiterno asombro de toda alma cándida en cualquier rincón de la Tierra frente a los hombres civilizados, a los que un puñado de metal amarillo les parece más valioso que todos los adelantos espirituales y técnicos de su cultura.

Al fin el cacique les dirige la palabra. Con un estre-

mecimiento de avaricia los españoles escuchan lo que traduce el intérprete. Qué extraño, dice Comagre, que os peléis por semejantes naderías, que por un metal tan corriente expongáis vuestras vidas a las mayores incomodidades y peligros. Más allá, tras esas montañas, hay un ancho mar, y todos los ríos que corren hacia él llevan oro. Allí vive un pueblo que navega como vosotros con velas y remos, y cuyos reyes beben y comen en vasijas de oro. Allí podéis encontrar ese metal amarillo que tanto codiciáis. Es una ruta peligrosa, ya que seguramente los jefes de las tribus os impedirán el paso, pero se trata de un camino de pocos días de viaje.

Vasco Núñez de Balboa se siente alcanzado en el corazón. Al fin ha encontrado la pista del legendario país del oro, con el que sueña desde hace años y años. En todas partes, en el sur y en el norte, sus predecesores creyeron divisarlo y ahora, si ese cacique ha dicho la verdad, está a tan sólo unos días de viaje. Al fin se garantiza también la existencia de ese otro océano, cuya ruta en vano buscaron Colón, Cabot, Corte-Real y todos los grandes y famosos navegantes. Con ello, también se habrá descubierto por fin la ruta alrededor de la Tierra. El nombre de aquél que sea el primero en ver ese nuevo mar y tomarlo para su patria, jamás desaparecerá de la Tierra. Y Balboa reconoce la proeza que tiene que llevar a cabo para comprar su libertad y obtener una gloria imperecedera: ser el primero en cruzar el istmo hacia el Mar del Sur, que lleva a la India, y conquistar el nuevo Ofir para la Corona española. En ese momento, en casa del cacique Comagre su destino está decidido. Desde ese instante, la vida de este aventurero ocasional adquiere un elevado destino, por encima de su época.

Continuará...